



IFEMA, FORO DE LAS CIUDADES DE MADRID

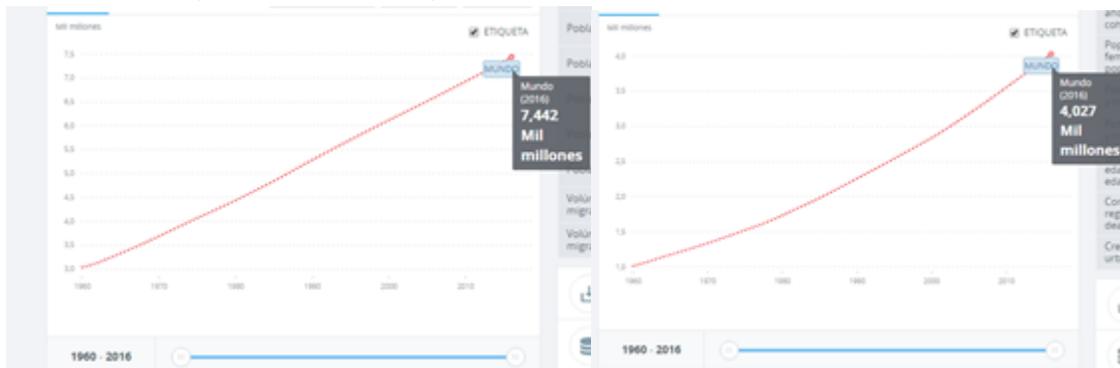
13-15 JUNIO 2018

DOCUMENTO FINAL DEL GRUPO DE TRABAJO "CIUDADES COLABORATIVAS"

CIUDADES Y PERSONAS: OPORTUNIDADES PARA LA COLABORACIÓN

De acuerdo con los datos del Banco Mundial, la población en el mundo asciende a 7.442 millones de personas, de los que 4.027 millones, el 54%, viven en las ciudades; la tendencia ha mantenido una senda de crecimiento continua en toda la serie histórica recogida (desde 1960), si bien, hasta 2008, la población rural siempre había superado a la urbana. Las previsiones apuntan a que para 2050 el 70% de la población vivirá en ciudades.

Evolución de la población mundial y urbana. 1960-2016



Fuente: Banco Mundial

Este crecimiento urbano obligará a las ciudades a dar respuesta a las necesidades de la población que va llegando desde el ámbito rural en cuanto a vivienda, educación o sanidad, para lo que será

necesario la construcción de edificaciones e infraestructuras para satisfacer esas demandas así como otras indispensables en una economía urbana como son la movilidad interna y externa o las telecomunicaciones.

Un estudio elaborado por el banco de inversión Bank of America Merrill Lynch, en el que analiza el auge de las ciudades inteligentes y su impacto en la economía de los países, calcula que la satisfacción de las demandas urbanas suponen una actividad económica que se traduce en 53,56 billones de euros, y se espera que se incremente en los próximos años

Las ciudades se enfrentan a importantes retos para permitir a sus ciudadanos progresar económica y socialmente. El acceso a la vivienda es cada vez más caro, los vecinos van perdiendo sus vínculos comunitarios, los servicios básicos y la gestión de residuos son costosos, la congestión de tráfico es un riesgo para la salud y la desigualdad se está polarizando.

Las ciudades tienen mucho margen de mejora para elevar la calidad de vida de sus habitantes, tanto estableciendo canales de comunicación con las administraciones públicas y colaboración público social, como facilitando que florezcan relaciones de colaboración y vecindad y apoyando las iniciativas sociales que surgen desde la ciudadanía.

No hay soluciones mágicas ni universales. Cada ciudad tiene su propia idiosincrasia y nadie mejor que sus propios ciudadanos para ser generadores de soluciones. Pero afortunadamente las ciudades no son entes aislados, y también ha florecido la interconexión buscando inspiración a través de redes como la [Sharing Cities Alliance](#), la [Sharing cities network](#), la Red europea de [Sharing cities](#), la [Transition Network](#), o las [Ciudades Urbact](#). Iniciativas que buscan compartir experiencias para fomentar el desarrollo urbano sostenible, la contribución al bien común a través de tecnologías abiertas, y la solución a problemas comunes.

El término “ciudades colaborativas” se utiliza para identificar una tendencia que apuesta por fortalecer el empoderamiento de los ciudadanos, integrando a éstos en el **co-diseño de la gestión de la ciudad**. Un reto que empieza por escuchar sus necesidades, lo que implica abrir canales de comunicación directa con los ayuntamientos reduciendo la burocracia.

[Seúl](#), la primera “Sharing City” de Asia, ha puesto una “oreja gigante” en la plaza del Ayuntamiento, donde los ciudadanos, de forma anónima, pueden hacer sugerencias directamente. Madrid, a través del programa [“Madrid Decide”](#), ha permitido a sus ciudadanos decidir qué proyectos financiar de forma sencilla, a través de internet. Y en Reino Unido, la asociación “UK Citizens Online Democracy”, ha creado una web que se llama [“Arregla mi calle”](#), que permite a los ciudadanos reportar problemas de infraestructuras o mobiliario público, y a los Ayuntamientos responder a los mismos.

Uno de los aspectos donde las ciudades colaborativas tienen más posibilidades de éxito es en la creación de **iniciativas de cohesión social** que generen vínculos entre vecinos. Las ciudades modernas tienen muchos espacios residenciales donde no se vive. Se ha perdido gran parte del

comercio local, desplazado hacia los centros comerciales, que ya concentran el 45% de las compras de alimentación. Y en el futuro, Amazon y los proveedores online podrían acentuar este fenómeno.

La volatilidad de los vecinos que cada vez cambian más rápidamente de barrio o ciudad tampoco ayuda a generar compromiso, porque dificulta echar raíces. Las cosas importantes siempre llevan tiempo, pero a menudo vivimos en entornos cortoplacistas y poco comprometidos con el territorio en el que habitamos. La cohesión social en un territorio la hace más resiliente frente a desastres y crisis, como bien apuntan desde la red [100 Resilient Cities](#).

Las iniciativas colaborativas apuestan por recuperar el offline. Las asociaciones de vecinos, o incluso las urbanizaciones o bloques de viviendas, son espacios ideales para generar conexiones vitales a través de actividades deportivas, fiestas vecinales o apoyo en el cuidado de niños y mayores, aunque se enfrentan a cuestiones legales sobre las actividades con ánimo de lucro en un ámbito no-comercial.

Los huertos comunitarios son espacios donde compartir con nuestros vecinos un rato de ocio y de conexión con la tierra. Ciudades como [Sevilla](#) o [Madrid](#) tienen redes de huertos comunitarios gestionados por asociaciones vecinales. En Todmorden (Reino Unido), impulsaron la exitosa iniciativa [“Incredible Edible”](#) (“Comestibles Increíbles”) empezando a cultivar alimentos en los espacios públicos, que consiguió generar relaciones de vecindad muy intensas entre sus usuarios. Y muchos colegios han entendido la colaboración a través de huertos escolares como una herramienta de educación y conexión, como la red de [Huertos educativos](#) de la Fundación Triodos, o la Red de [Huertos escolares ecológicos de Madrid](#).

Un poco más lejos, en Los Ángeles, cuentan con lo que se llama un ‘agrovecindario urbano’ que convierte espacios inutilizados en huertos comunitarios con los que dar de comer y unir de nuevo a sus vecinos.

También las asociaciones comerciales sirven para promover la vida de barrio y el encuentro entre vecinos. Buen ejemplo de ello es la iniciativa del [Barrio las Letras](#) en Madrid, donde la asociación de comerciantes organiza constantemente actividades, exposiciones y rutas gratuitas. También hay ejemplos que parten desde la sociedad civil, como [Civic Wise](#), que busca “servir de soporte para la puesta en marcha de iniciativas ciudadanas” y ya ha puesto en marcha proyectos en Madrid, Valencia, Barcelona o Canarias. En Puerto del Rosario (Fuerteventura) han participado en el diseño de [Mestura Puerto](#), un espacio de colaboración territorial bajo la premisa de que sean las personas el motor de cambio de la transformación del espacio público. También en Madrid se encuentra el colectivo multidisciplinar [Todo por la Praxis](#) (TXP), formado por arquitectos, diseñadores y artistas especializados en prácticas colaborativas, planteando procesos de coproducción ciudadana.

Por otra parte, los bancos de tiempo acercan a los vecinos para intercambiar habilidades, conocimiento y tiempo. En España hay más de [300 bancos de tiempo activos](#), que funcionan a nivel local, en muchos casos gestionados desde los Ayuntamientos.

Y en la ciudad italiana de Bolonia, se gestionó por iniciativa ciudadana a través de Facebook el proyecto "[Social Street](#)" para establecer vínculos sociales con los vecinos de la misma calle y así poder crear relaciones, compartir necesidades, intercambiar profesionalidad, conocimientos, llevar adelante proyectos de interés común para lograr mayores beneficios que surgen de la interacción social entre vecinos. Ahora Bolonia es una "Sharing City" y su proyecto "Social Street" está diseñado para ser replicado en todo el mundo.

Si hay un ámbito donde la economía colaborativa florece con todo su potencial, es en la **reutilización de recursos infrautilizados**. La sociedad de consumo nos ha llevado a acumular muchas cosas que no necesitamos y que son fácilmente compartibles, donables o vendibles. Las plataformas de consumo colaborativo son muy útiles para poner en circulación todos estos bienes infrautilizados, con su consecuente impacto medioambiental. Según Naciones Unidas, en menos de nueve meses consumimos más recursos de los que el planeta produce en un año, por lo que repensar nuestro consumo es esencial para tener ciudades sostenibles.

Existen múltiples plataformas online que ponen en contacto la oferta y la demanda a través de filtros y algoritmos de matching como Wallapop, Vibbo o eBay; que permiten intercambiar cosas con otros usuarios como Chefly o LendiApp, o donar aquello que ya no necesitamos como Nolotiro.

Pero más allá de las plataformas, las ciudades tienen grandes posibilidades de ser actores activos en el fomento de estos intercambios. Al igual que existen bibliotecas públicas de préstamo de libros, hay ciudades como Seúl, que están impulsando bibliotecas públicas de préstamo de herramientas, electrodomésticos, tiendas de campaña, etc. Y en Barcelona hay un Kiosko de revistas de toda la vida que ha empezado a prestar herramientas eléctricas a los vecinos, en un proyecto impulsado por [Citycise](#).

La contaminación ambiental es la principal causa del cambio climático, el mayor reto al que nos enfrentamos a nivel global, y un grave problema en muchas ciudades, donde los niveles máximos recomendados por las autoridades sanitarias se superan con frecuencia y a lo largo de todo el año.

El 77% de los españoles^[1] se siente expuesto directamente a la contaminación del tráfico y el 55% lo consideran un alto riesgo para la salud.

Muchas ciudades están poniendo medidas para reducir el tráfico. El reto es ofrecer soluciones que nos hagan reducir nuestra necesidad de coche privado, a través de un sistema de intermodalidad, transporte público, movilidad colaborativa y descentralización del trabajo y el ocio. El transporte colaborativo es parte de la solución a través de sus múltiples posibilidades, desde compartir trayecto (carpooling), hasta alquilar tu coche cuando no lo estás utilizando (P2P car renting), o las flotas de alquiler a corto plazo (carsharing).

En [Milán](#), han conseguido reducir drásticamente el volumen de tráfico privado gracias al carsharing, consiguiendo 13.000 coches menos en sus calles el primer año del proyecto. Y ciudades como [Sevilla](#) han puesto a disposición de sus ciudadanos un servicio de bicis público apoyado por el diseño de unas vías ciclistas fácilmente identificables, cómodas y bien conectadas entre sí. Amberes (Bélgica) ha iniciado un proyecto piloto para poner a disposición de los ciudadanos la flota de vehículos municipales no utilizados fuera del horario de oficina. Y lo hace en cooperación con plataformas colaborativas existentes que facilitan compartir coches. Así esperan ahorrar y aligerar el estacionamiento.

En España tenemos un volumen de desempleo de [4 millones de personas](#), [648.300 hogares](#) que no tienen ningún ingreso por salario o prestación pública, y un 13% de los trabajadores por debajo del umbral de la pobreza. Ante la pérdida de un empleo digno, la opción más inmediata es buscar **otras fuentes de ingresos**.

Según la [Comisión europea](#), los ingresos percibidos por los particulares a través de plataformas de economía colaborativa peer-to-peer no son muy elevados, aproximadamente 100 euros anuales en plataformas de segunda mano, 50 euros en plataformas de transporte colaborativo, 400 euros en las de alojamiento, y 115 en las de trabajos esporádicos. Aunque reconocen que el 10% de los usuarios perciben más de la mitad de los ingresos generados en las plataformas.

Otra cuestión es la Gig economy, o “economía bajo demanda”, donde los profesionales pueden encontrar trabajo o generar ingresos a través de plataformas bajo una fórmula mercantil en lugar de laboral. Estas plataformas han sido acusadas de precarizar la situación de los trabajadores, de impactar negativamente en las ciudades, de fijar las condiciones de intercambio y de acumular la riqueza generada por sus usuarios. Sin embargo, otras voces dicen que las plataformas de trabajo no son las culpables de que exista precariedad laboral, sino una respuesta a este problema que conecta de forma eficiente a consumidores y profesionales, consiguiendo sacar estas tareas de la economía sumergida y hacerlas trazables y fiscalizables. La pérdida de empleo digno está debajo de toda la polémica, puesto que en situación de precariedad y falta de ingresos, los ciudadanos no son libres de decidir qué tipo de relación quieren.

Uno de los mayores problemas en las ciudades es el **acceso a la vivienda**. Un problema complejo que se fundamenta en raíces culturales, ya que la vivienda en propiedad es tradicionalmente la mayor inversión vital de los españoles, por lo que un descenso drástico de los precios llevaría a una desestabilización de las clases medias. Y a causas económicas, como la venta de viviendas a fondos buitres, la especulación inmobiliaria, y la inmensa bolsa de viviendas vacías infrautilizadas. A estos argumentos clásicos, recientemente se ha añadido la masificación turística de las grandes ciudades y zonas costeras, que nos lleva a cuestionar qué modelo de ciudad queremos, y al conflicto de intereses entre la generación de ingresos y el derecho a la vivienda. La economía colaborativa se ha señalado como parte del problema al facilitar el alquiler de viviendas a turistas a través de plataformas como **Airbnb o Homeaway**. En ciudades como Barcelona, se estima que el [20% de los turistas](#) se alojan en apartamentos turísticos. En menos de una década, Airbnb ha

conseguido mover un mercado de más de tres millones de alojamientos, en más de 65.000 ciudades y en 190 países. Según [algunos expertos](#), Airbnb ha perdido su vertiente colaborativa, porque muchos usuarios alquilan el apartamento entero, e incluso gestionan el alquiler a través de terceros, lo que implica la pérdida de contacto y el trato humano, que prácticamente no existen. Hay otras alternativas que encajan más con el modelo de “compartir, confianza y autenticidad” que buscan los consumidores colaborativos, como el **intercambio de casas** que proponen plataformas como IntercambioCasas, Homelink o Intervac; el alojamiento colaborativo **sin transacción económica** como el que proponen Couchsurfing o BeWelcome; o el house sitting, que consiste en alojarse de forma gratuita a cambio de cuidar a las mascotas. Una propuesta que nos llega desde plataformas inglesas y americanas como House Careers o Trusted Housesitters.

Cada ciudad tiene que encontrar su manera de gestionar este reto de forma específica, porque no es válida la misma solución para ciudades despobladas que para ciudades masificadas. Lo que para unas es un problema, para otras es una oportunidad. Las administraciones públicas no siempre son parte de la solución, ya que algunas comunidades han desarrollado regulaciones muy restrictivas que prohíben el fenómeno en lugar de regularlo, relegándolo a la economía sumergida.

En las ciudades del norte de Europa llevan años apostando por el co-housing: urbanizaciones colaborativas y autogestionadas que comparten electrodomésticos, servicios y zonas comunes. Son modelos que, frente a la propiedad particular, apuestan por la vivienda cooperativa o la “cesión de uso”. La asociación [Jubilares](#) de Madrid, se autodefine como un “nuevo modelo de envejecimiento activo mediante el diseño, construcción y autogestión de la propia comunidad de mayores, con atención integral y centrada en la persona”. Un “Jubilar” es un senior co-housing con atención centrada en la persona: con ayuda asistencial (enfermeras, fisios...) a medida que se necesita.

Empieza a haber iniciativas como la red [ROAM](#) que entienden la vivienda como un servicio y no como una propiedad y pone a disposición de su red alojamientos pensados para el co-living, que combinan espacios privados y espacios para la vida en comunidad. O la [cooperativa Entrepatios](#) de Madrid, que fomenta viviendas cooperativas bajo la modalidad de derecho de uso.

La **alimentación saludable y local** es esencial para conseguir ciudades sostenibles. La seguridad alimentaria está garantizada en España más que nunca gracias a los controles de calidad, pero seguimos abusando de procesados, bollería y alimentos traídos del otro extremo del mundo con su consiguiente impacto innecesario en el cambio climático, que podría justificarse en algunos casos si se garantiza que proceden del comercio justo y favorecen el desarrollo de sus comunidades de origen.

En España sigue habiendo un 27.9% de hogares en riesgo de pobreza y un 6% en pobreza extrema, y mientras tanto el desperdicio alimentario es altísimo: según el [MAPAMA](#), los hogares españoles tiraron a la basura 24 millones de kilos de alimentos semanales, el 85% de los cuales eran alimentos sin procesar como frutas, verduras y pan, desperdiciados por los hogares tal cual los compraron.

Tras la iniciativa de la vizcaína ciudad de [Galdakao](#), se ha creado una [Red de Neveras solidarias](#) que pone a disposición de los ciudadanos frigoríficos en los que depositar la comida sobrante. Estas iniciativas, que se enfrentan al reto de garantizar la seguridad alimentaria de los alimentos compartidos, tendrían muchísimo sentido a pequeña escala, en urbanizaciones o barrios donde los vecinos se conocen y ya están compartiendo otras cosas. También se han creado plataformas como [Yonodesperdicio](#), que pone en contacto a personas que pueden ofrecer alimentos con personas que los necesitan, o [Nilasmigas](#), que pone en contacto clientes con establecimientos que tienen comida en perfecto estado que no ha encontrado consumidor final y se la ofrecen a un precio menor.

La compra de proximidad se puede ver favorecida por plataformas colaborativas que ayuden a gestionar los pedidos entre productores y consumidores, como la red distribuida de grupos de consumo de [La Colmena que Dice Si](#) o [Farmidable](#).

La economía colaborativa es una pieza más dentro de un conjunto de soluciones interconectadas que pasan por poner el foco en las personas y el medioambiente.

Soluciones como la **economía circular**, impulsada por la Unión Europea y seguida por ciudades como Amsterdam, que fomenta la colaboración entre productores y también consumidores de cara a recircular los procesos productivos y reutilizar todo tipo de objetos.

La **economía azul**, que va un paso más allá de la economía circular, bajo la premisa de que “lo que es bueno para el Planeta y los seres humanos, no debería ser más caro”. Al igual que la Naturaleza sólo trabaja con lo que se encuentra disponible a nivel local, las ciudades también pueden inspirarse en respetar sus recursos naturales locales, así como su cultura y tradición.

La **energía distribuida**. La isla del Hierro ha conseguido ser autosuficiente energéticamente y modelos como la energía P2P, en el que la ciudadanía es productora, distribuidora y consumidora a la vez, se presentan como una alternativa democrática al actual modelo energético centralizado, fácilmente exportable a las ciudades a través de sus comunidades de vecinos y políticas públicas de apoyo.

Las **finanzas colaborativas** a nivel local para poner en marcha emprendimiento social y proyectos comunitarios: Modelos como el ya conocido crowdfunding, el matchfunding donde la administración contribuye con un porcentaje en función de lo que la ciudadanía aporte, o el equityfunding, aplicado con éxito por iniciativas como la Bolsa Social, pueden contribuir, mediante la colaboración de ciudadanía, empresas y AAPP, a mejorar nuestras ciudades.

O la **economía social y solidaria** que trabaja en las ciudades y barrios generando un tejido social y empresarial basado en valores de equidad, trabajo digno, sostenibilidad ambiental, fines “no lucrativos” y compromiso con el entorno, que se articula a través de la red [REAS](#) en España, [RIPSS](#)

a nivel Global, y proyectos como [Mares](#), que opera a nivel de distrito fomentando la resiliencia y el fortalecimiento del tejido local.

[1] OCU Salud 107, “Contaminación ambiental, nos falta información”
